



PALABRAS DE VÉLAZ SOBRE ABRAHAM REYES

Pero, como dijo una vez Ortega y Gasset, cuando se tiene el corazón lleno de un alto empeño, se acaba siempre por buscar los hombres capaces de ejecutarlo.

Y surgió la persona capaz de realizarlos. O mejor dicho, surgió la primera persona, de las muchas que iban a dar los pasos decisivos de Fe y Alegría. Fue así: las catequesis iban a culminar en la Primera Comunión de setenta niños y niñas que habían preparado los Congregantes Marianos. Era una tarea larga y nueva para aquellos universitarios. Todos pensaban en llevar a aquellos niños algo viviente y próximo a la emoción, y al recuerdo feliz de haber recibido ellos mismos por primera vez al Señor. Y que esa Comunión con Dios fuera deseada, amada y consciente. Con esa ilusión, buscaron y encontraron una casa, como no había otra por aquellos contornos. Tenía una sala grande capaz de contener de pie algo más de cien personas. Las muchachas cuidaron especialmente de la ropa de los niños, de engalanar el local y de tener listo un magnífico desayuno, para después de la solemnidad. Los muchachos lograron disponer de una camioneta que, gracias a que estaba seco el camino de tierra, transportó todo lo necesario, como los tableros de las mesas, los caballetes, la comida, los manteles y el altar.

Se tuvo la misa, cantada por los mismos estudiantes. Yo celebré y dije las palabras de acercamiento a la Comunión, apropiadas a los niños que me oían y a sus familias. Comulgaron todos y, después de una breve acción de gracias, allí mismo, en unos minutos, los universitarios trajeron de la camioneta las mesas, las chicas las vistieron y las sirvieron, y todos compartieron un rico y cariñoso desayuno.

Hugo alegría y sentido espiritual. Yo estaba muy emocionado, luchando entre el contento de lo que veía y la preocupación de lo mucho que faltaba. No recuerdo si otros tomaron la palabra, pero sí que alguien me pidió que hablara de nuevo: dije que habíamos hecho un hermoso trabajo, pero que faltaba lo más grande y que eso tenía que ser una escuela; que aquellos setenta muchachos habían recibido algunas clases religiosas solamente los sábados por la tarde, pero que, para ser cristianos y ciudadanos preparados, necesitaban muchos años de ayuda, y que eso sólo era posible con una detenida y cuidadosa atención escolar. Si no lo hacemos –concluí–, estamos perdiendo el tiempo y realizando algo muy superficial.

Al terminar, un hombre de los presentes se acercó, me saludó con un abrazo y me dijo: Padre, si quiere hacer una escuela, yo le regalo este local.

Era Abraham Reyes, dueño de aquella casa en que estábamos. La había hecho personalmente con el trabajo y el ahorro de siete años. Su mujer le traía sobre la cabeza el agua para batir el cemento, en una lata de manteca, desde casi el pie del cerro.

Durante largas temporadas tenía que interrumpir la construcción, pues se le agotaban los centavos. Contándome estas peripecias, me decía: cuando juntaba cien bolívares, me iba a comprar cemento, no fuera que se me presentara una necesidad.



Abraham tenía entonces ocho hijos y, aunque era albañil, trabajaba como mecánico en una firma de máquinas multicopistas (Nota de JL: En esos años, Abraham trabaja en el Aseo Urbano en horario nocturno; años más tarde, trabajó como mecánico de muticopiadoras Gestetner). Como se puede pensar, con ese sueldo y con ocho muchachos tenía una mina de necesidades. Él prefería adelantarse a ellas, porque quería construir el local, para que los niños del barrio tuvieran escuela o capilla o un sitio donde pasar el rato sanamente. En todo eso había él pensado.

Fe y Alegría siempre ha recordado a Abraham Reyes, y una de nuestras Escuelas de Caracas lleva su nombre. Ahora, después de veinte años de obrero apóstol, es diácono de la Iglesia de Dios a la que dedica todo su tiempo libre.

Para los universitarios y para mí, la oferta de Abraham fue el desafío más estimulante del ejemplo heroico.

Aceptamos y, al otro día, un cartón tosco clavado en la puerta, decía: Escuela: Se admiten niños varones.

Habíamos empezado. Cien muchachos llenaron aquel ámbito. No había bancos, ni pupitres. Buscamos dos niñas de unos quince años que tenían el sexto grado de Primaria, y fueron las dos primeras maestras de Fe y Alegría. Los niños se sentaban sobre el áspero cemento del suelo.

Pocos días después, yo andaba buscando en los ranchos vecinos uno o dos que pudieran servir para las niñas. Pero no había modo. Eran unos cuartos insignificantes para un aula. Después de varios intentos frustrados, Abraham me mandó decir con dos congregantes que habían hablado con él: El Padre Vélaz todavía no me tiene confianza. Yo tengo abajo en la casa una sala grande donde podrían colocarse las muchachas.

Es de notar que la casa tenía dos plantas, a las cuales se entraba por dos caminos o veredas distintas, pues estaba construida en una fuerte pendiente del cerro. La planta de arriba era la que ya ocupábamos. La de abajo era la vivienda de Abraham y su familia.

Setenta y cinco niñas entraron en la sala de la casa que de nuevo nos ofrecía Abraham. Sólo hizo falta otra maestra como las dos anteriores para poner en marcha la nueva ampliación. Así fueron 175 los primeros alumnos de Fe y Alegría.

Hablando con Abraham, después, me decía que había hecho el piso alto con gran sacrificio y gran ilusión. Una pequeña ojiva rematada con una cruz era el símbolo sacro con que había coronado su obra, soñando en los centenares de niños desamparados que había por aquellos barrios y pensando en llevarles algún remedio... Este fue el don inapreciable que nos hizo Abraham Reyes. Él ha sido el motor del pensamiento y de la acción de Fe y Alegría.

(Soñando a Fe Alegría, 1976)

Estábamos en esta etapa, cuando después de una Primera Comunión de unos setenta niños del barrio, el que esto subscribe pensaba con profundo pesar que aquellos niños, después de haberles enseñado el catecismo por unos meses, iban a ser abandonados por nosotros. Entonces, en el local donde los niños tomaban alegremente el desayuno, dije de un modo decidido: "Estamos perdiendo el tiempo con estos catecismos; tenemos que convertirlos en una verdadera escuela".



Los universitarios me miraron en silencio, pero el dueño del local, que era un albañil padre de ocho hijos, se me acercó con una expresión de triunfo y me dijo: si quiere hacer una escuela, le regalo este local.

Abraham Reyes fue este obrero siempre bien recordado, gracias a cuya generosidad fue posible la primera escuela de Fe y Alegría.

Aquel local sencillo, con el suelo de cemento rústico que Abraham Reyes había construido por su mano, enterrando en él los ahorros de siete años, representaba para nosotros un ejemplo de tesón y de generosidad.

Después supimos que Abraham Reyes, cuando lo construía poco a poco por no tener dinero para los materiales, era asistido por su esposa, que cargaba en la cabeza una lata de agua a dos kilómetros de distancia, para que su marido pudiera ir preparando el cemento y la arena.

Un día me confesó Abraham Reyes que, cuando tenía ahorrados cincuenta bolívares, iba siempre inmediatamente a comprarse diez sacos de cemento, no se le fuera a presentar de pronto una necesidad y se le fueran a ir.

El pensaba en los niños del barrio sueltos y sin escuela, vagando todo el día en pandillas. Esto le producía tanto dolor que empezó solo a construir un local que les sirviera a los muchachos de escuela o de pequeño club, donde pasaran un rato sanamente.

Este ejemplo fue el disparo de ejemplaridad que nos lanzó a la carrera de persuadir a muchas personas de la necesidad de emprender una obra ciudadana de educación popular.

Hasta ese momento, comprendíamos lo que teníamos que hacer, pero sólo entonces nos lanzamos con valor y con audacia a la creación de un gran movimiento de opinión y a la difícil tarea de persuadir a los que podían dar.

(Apuntes manuscritos)

Es bueno recordar aquí que la primera escuela la debimos a la generosidad de Abraham Reyes, un obrero, padre en aquel entonces de ocho hijos. Allí empezamos con cien niños sentados en el suelo, porque carecíamos de la posibilidad de adquirir ni siquiera unos duros bancos escolares.

Este hecho escueto y elemental de la generosidad de un trabajador, cargado de familia, electrizó un concepto que ha pervivido y debe mantenerse activo en toda nuestra historia. Nuestro poder educativo, nuestra fuerza inquebrantable, para agrandar y mejorar cada día la educación de los pobres, tiene que brotar de nuestra fe. Si es verdad que todos los hombres somos hermanos, de esta convicción ha de nacer perpetuamente el caudal más poderoso de nuestra energía educativa.

Ninguna otra interpretación social nos puede llevar a la verdadera realidad, ni proporcionarnos criterios y decisiones más eficaces.

(El camino realizado y la tarea futura, 1980)

La primera escuela se debió a la generosidad de Abraham Reyes, un obrero, padre entonces de ocho hijos, que donó la mitad de su vivienda. Allí empezó Fe y Alegría con cien niños sentados en el suelo, porque se carecía de la posibilidad de adquirir siquiera unos bancos escolares.



Este hecho escueto y elemental de la generosidad de un trabajador, cargado de familia, electrizó este concepto básico: Nuestra fuerza inquebrantable para agrandar cada día la Educación de los Pobres, tiene que brotar de nuestra fe. De la convicción de que todos los hombres son hermanos ha de nacer el caudal más poderoso de nuestra energía educativa.

(Resumen histórico, 1982)



Antes de cerrar la puerta, contemplé anonadado